

La oratoria sagrada en el siglo XVII: tradición e innovaciones

Félix Herrero Salgado
Universidad de Salamanca

En 1598 muere Felipe II. El Lic. Íñiguez de Lequerica¹ tuvo el acierto de recoger en un volumen quince panegíricos fúnebres predicados por los oradores más notables en las honras que hicieron al rey las ciudades importantes de España. La ocasión, la personalidad del difunto, el tema, la concurrencia, los oradores se prestaban a convertir esta colección en antología, paradigma de la predicación que iba a inaugurar el siglo XVII. Y así es: porque, aun cuando se da en ella como forma natural el *sermón clásico*, tradicional, sin embargo, se apuntan ya los gérmenes de las *innovaciones* que habían de desarrollarse a lo largo del seiscientos: puntos y argumentos delicados e ingeniosos, exhibición inmoderada de Sagrada Escritura, comparaciones y metáforas sutiles y frases «subidas de tono»

De esta tradición y de estas innovaciones voy a hablar. En un primer apartado, trataré de los predicadores que mantienen en el siglo XVII las formas tradicionales de la predicación, y en el segundo, de los predicadores que aportan o siguen las innovaciones.

Mis fuentes son directas: los textos de las oraciones, las retóricas sagradas y los prólogos, censuras y aprobaciones que llevan todos los sermones sueltos y los sermonarios publicados en esta época.

1. LOS PREDICADORES TRADICIONALES

El *sermón clásico* había sido elaborado a lo largo del siglo XVI consciente y trabajosamente hasta constituir un entramado perfecto: la exposición del Evangelio de cada día, fraseado, desentrañado, y concordado por El Antiguo y Nuevo Testamento, Santos Padres, Comentaristas, Teólogos y Filósofos, y aclarado con ejemplos, símiles y comparaciones, había incorporado la retórica clásica, la dialéctica escolástica y, hasta lo posible,

¹ *Sermones funerales en las honras del Rey N. S. don Felipe II...* Recogidos por Juan Íñiguez de Lequerica. Madrid. Imp. Lic. Varez de Castro. MDXCIX. 14+14+332+20 f.

el pensamiento humanista. El ideal de esta predicación, equilibrio de Sabiduría y Eloquencia, se mantiene en muchos predicadores hasta finales del siglo XVII. Algunos testimonios:

Fr. Diego Murillo (1611):

Las cosas de Dios es razón se traten con llaneza, mas no sin ingenio, y que se digan sin una / malsana / curiosidad, mas no con grosería, para que de esta suerte ni el ingenioso se enfade, y el ignorante dexé de entenderlas. Por acudir a entrambas cosas, he procurado en los conceptos, manera ingeniosa; en las palabras, elocuencia sin bizarrías; en la invención, utilidad; con dulzura en la exposición; variedad en la contextura ordenada y en los afectos, instancia, con oportunidad inoportuna².

P. Antonio Vieira (1615):

Así ha de ser el estilo del sermón: muy distinto y muy claro; y no temais por eso que parezca estilo bajo. El estilo puede ser muy claro y muy alto; tan claro que lo entiendan los que no saben y tan alto que tengan mucho que entender de él los que saben.

El estilo debe ser como las estrellas: «El rústico halla /en ellas / documentos para su alabanza, y el marinero para su navegación, y el matemático para sus observaciones y juicios»³.

La oratoria sagrada tradicional ofrece, además, otros dos tipos de predicación, que solamente señalo: la predicación rural y popular y la predicación de los «varones apostólicos». De la *predicación rural y popular* quedan pocos textos; representa la oratoria sin retórica y con una sabiduría muy limitada: los mandamientos y los novísimos; usa un lenguaje pobre y un estilo directo. Sabedor el predicador popular de que es un representante a lo divino, aprovecha profusamente los recursos de la acción, voz y gesto, del canto y recitación de versos y de las imágenes. He aquí dos saetas tomadas de *El Predicador Apostólico* de Fr. Gabriel de Santa María, que el orador debía intercalar en el momento oportuno de su sermón:

Abofetearé mi cara (Daráse un par de golpes)
y pues te he ofendido tanto,
eterno será mi llanto.
Mira en esta cruz pendiente (Sacará una cruz)
este Cordero Sagrado
cuál le ha puesto tu pecado⁴

La predicación de los «varones apostólicos» ha ofrecido modelos en todas las épocas: S. Vicente Ferrer, S. Juan de Avila. Aún en el siglo XVII quedan ejemplos de estos predicadores, insignes en la virtud, que con una oratoria desnuda de galas retóricas, con pocos libros y mucho fuego en el espíritu inflamaban las almas de los oyentes. Como el capuchino Fr. Alonso Lobo, de quien cuenta el P. Jarque que «con solo cruzar los brazos

² *Discursos predicables... desde Septuagésima hasta la Resurrección del Señor* (Zaragoza: Lucas Sánchez, 1611), Prólogo.

³ *Sermón de la Dominica de Sexagésima* [En ANDRÉS SORIA ORTEGA, *El Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera...* (Granada: Universidad. MCML, 36)].

⁴ *El predicador Apostólico* (Sevilla: Tomás López de Haro, 1694), 273.

sobre el pecho y clavar en el cielo los llorosos ojos, clavaba los corazones de los oyentes y les desataba los suyos en corrientes de lágrimas»⁵.

2. LOS PREDICADORES INNOVADORES

Pero la mayoría de los predicadores del XVII se decanta por las innovaciones. Las razones son varias. *La primera es de época*: desde principio de siglo irrumpen las formas literarias barrocas, y la oratoria no podía ser ajena a ellas. *La segunda razón es psicológica*: la predicación, que es producto de inmediatez, como el teatro, y, a pesar de su carácter sagrado, presta a la vanidad y al aplauso, tenía forzosamente que contagiarse de los gustos y modas del público oyente y plegarse a ellos. Compárense dos textos. De Lope de Vega: «...porque como las paga el vulgo, es justo / hablarle en necio para darle gusto»⁶. De Fr. Pedro de Miranda:

Se han adelantado ya tanto los ingenios, están tan vivos y sutiles, que si predicaran los sermones tan bastos y broncos quanto en los siglos pasados, no habría quien los esperara, y así para no desazonar y ahuyentar los oyentes, conviene zazonar los sermones con algunos conceptos y realces de puntos predicables y lenguaje⁷.

Finalmente, *la tercera razón es profesional*: el puesto de predicador era, con frecuencia, la culminación de una vida dedicada a la docencia; no es, pues, de extrañar, que estos predicadores llevasen al púlpito la erudición y la dialéctica propias de la cátedra.

Como consecuencia de estas tres razones apuntadas, se abriría ante el predicador una doble tentación: la sutileza del concepto y los realces del lenguaje.

¿Hay predicadores culteranos y predicadores conceptistas? Químicamente puros, no. Los preceptistas de la época unas veces los distinguen y otras los engloban en la misma crítica. Por razones de procedimiento los trato en apartados diferentes.

2.1. Predicadores culteranos

Desde 1616, en sermones y en dedicatorias de sermones, Fr. Hortensio Félix Paravicino, se confiesa *innovador perseguido* «...que este / mi estilo / –dice al P. Aliaga–, aunque no fue elección mía, sino favor o enojo del cielo, natural a la pluma como a la lengua, ya sé cuán pesadas censuras lleva»⁸. En 1625 agradece a la reina, Isabel de Borbón, que le «aya defendido de mi achacada obscuridad», «de la infelicidad de mi estilo» y de la «temeridad nueva» de haber inventado una nueva oración que no había sufrido nuestra lengua hasta oy, no por incapaz, sino por medrosa»⁹. Y en 1628 al Cardenal Infante:

En este siglo, mas en nuestra nación, no ay tranquilidad de letras; la calma es borrasca, el puerto se ha hecho escollo y naufragio el muelle. Alguna singularidad de mis estudios comenzó a hacer no envidias, odios: gran culpa es desear saber más¹⁰.

⁵ *El orador christiano*. Zaragoza. Miguel de Luna, 1657, 21.

⁶ *Arte nuevo...* Ed. Luis Guarnier. Vol. I. M. 1935, 150.

⁷ *Apología de la predicación* (M.: Imprenta de S. Martín. 1665), 86.

⁸ *Oraciones evangélicas y panegyricos funerales*. M.: María de Quiñones, 1641. Fol. 11.

⁹ *Ibidem*. Fol. 74.

¹⁰ *Ibidem*. Fol. 42.

¿Cuál era la causa de la persecución? La hemos oído: *la novedad de estilo*. Paravicino había roto la jerarquía agustino-ciceroniana de los fines de la predicación: «Docere necessitatis est; delectare, suavitatis, flectere, victoriae»¹¹. El *delectare* había abandonado su carácter de auxiliar para erigirse en motor y objeto del discurso. Con ingenio, agudeza, letras divinas y humanas y una forma elegante, había creado él un tipo de oración evangélica, agradable, deleitosa, sorpresiva, pero poco provechosa: una amable «charla» cortesana. Me gustaría que escuchasen este breve texto:

Dios mismo, quando dio a Moisés la doctrina que había de predicar, desde una zarza le habló; que las doctrinas de dios poca flor, muchas espinas han menester; que siempre al remedio de los pecados asistieron las espinas, las rosas a la ocasión. Rosas fingió la Antigüedad que hablaban los predicadores, espinas quiere Dios hablen los suyos. No se ofendan los que se punzasen, ni las den de pie, que allí lastiman más; pónganlas, como Jesucristo, sobre su cabeza, hagan de ellas cerca a su obligación, que las espinas, que en la viña ahogan las cepas, en la cerca guardan el fruto¹².

El texto, como ven, es muy significativo: Tema: lección de penitencia, pero entre las flores de la elocuencia; recursos: alegoría, metáforas, antítesis, simetrías, sentencias... Todo un recital de las maneras barrocas.

Sus incondicionales le defendieron con pasión; sus detractores le atacaron con saña. Fr. Cristóbal Núñez, su editor de 1641, resume las dos posturas:

Algunos... –dice– quisieron calumniarle de ininteligible, juzgando obscuridad lo que era erudición, y tinieblas lo que era elocuencia; mas como dixo San Lucas, esta calidad de gentes blasfeman de lo que ignoran..., y juzgan por sospechosa la verdad cuando la curiosidad la ase a la elocuencia la adorna¹³.

Gracián, en *Agudeza y Arte de Ingenio* (recuerdo, 1642 y 1648), hizo el mayor elogio del fraile trinitario: «En la prosa –escribe– fue igual suyo / de Góngora / el agradable Hortensio; juntó lo ingenioso del pensar con lo bizarro del dezir». Y sentencia «Es más admirable que imitable»¹⁴. Y así fue, en efecto. Lo confirma Pérez de Ledesma, probable pseudónimo del jesuita P. José Ormazá, en su libro *Censura de la elocuencia*. Z. 1648: «Los que blasonan de seguidores suyos dexan lo bueno sin imitación y corren desalados tras lo vicioso y lozano; que siempre fue fortuna de lo peor tener gran séquito»¹⁵.

Paravicino no fue todo el culteranismo en la predicación, como no lo fue Góngora en la poesía; pero sí su paradigma.

Imitadores suyos o independientes, los cultivadores de lo «vicioso y lozano», de lo culto, fueron legión. La Corte fue su cuna y centro de irradiación, según afirma Fr. Pedro de Miranda: «Los trages de ordinario se traman en la Corte... Los varios usos en los ser-

¹¹ SAN AGUSTÍN, *De Doctrina Christiana*. Lib. IV, 12, 27.

¹² PARAVICINO, Fr. H. F., *Oraciones Evangélicas o Discursos políticos y morales*. M. Joaquín Ibarra. I, 25.

¹³ PARAVICINO, Fr. H. F., *O. e. y p.f.* 1641. Dedicatoria al lector.

¹⁴ A. y A. *de i.* Ed. de E. Correa Calderón (M.: Clásicos Castalia. 1969). T. II, 252.

¹⁵ GONZALO PÉREZ DE LEDESMA, *Censura de la elocuencia*. Ed. de Giuseppina Ledda (M.: El Crota-lón. 1985), 92.

mones tienen el mismo principio y poco a poco se van introduciendo en los pueblos»¹⁶. Fr. Martín de Velasco ahonda en la crítica:

En las Cortes de los Reyes hasta los sermones se visten a lo cortesano: muchas galas, bizarrías, ceremonias, ostentaciones, agrado, aplausos. Dezir lo que alegra, callar lo que aprovecha; por no causar tristeza encubrir las verdades, porque es cortesía no dezirlas; con que hacen los sermones más de gala de la Corte que de arte de sermones¹⁷.

Los predicadores cultos atrajeron pronto las aceradas pullas de los preceptistas y de otros oradores. Causas más aducidas:

- *Pimera causa: Los sermones cultos no son comprendidos por el pueblo:*
- Ya sea *por el léxico*: «Algunos predicando en romance –dice Fr. Jerónimo de Florencia– parece que predicán en latín o en otra lengua que ni es latín ni romance; esto llaman predicar a lo culto, y yo llamo predicar a lo oculto»¹⁸.
- Tampoco son comprendidos *por su estilo*: Dice el P. Vieira: «Este desventurado estilo que hoy se usa los que / le / quieren honrar le llaman culto, los que le condenan le llaman oscuro, y aún le honrar, porque es negro y negro bozal»¹⁹.
- *Segunda causa: Los sermones cultos son contrarios a la predicación.*

Muchos –son palabras de Fr. Diego de Escalante– se glorían de que predicán con estilo culto, crítico, brillante, picante, debiendo preciarse el escritor y predicador evangélico de predicar y herir el corazón de sus oyentes y no de agradar y lisonjear sus orejas²⁰.

- *Tercera causa: «La predicación culta es la mayor persecución que padece la Iglesia de Dios en estos tiempos»*²¹. Es afirmación de Mons. Barcia y Zambrana, obispo de Cádiz.

- *Cuarta: Castigos a predicadores que predicán a lo culto.* El mismo Dr. Barcia y Zambrana asegura que Dios ha mostrado claramente y de diferentes maneras su desagrado y enojo por el estilo culto de predicar. Recoge varios casos: «a uno le dio cáncer en los labios..., porque había predicado pulido»²²; el P. Laredo se le apareció a un amigo y le confesó: «por aver atendido más al adorno florido y culto de mis sermones que al fruto de mis oyentes he estado unos días en el purgatorio»²³. Peor fortuna le cupo «a un predicador de nuestros tiempos de los que llaman cultos y galantes», porque éste se condenó²⁴. Y hasta el mismo demonio entregó en persona al Guardián de los Descalzos del convento de la Villa de Auñón, Arzobispado de Toledo, una carta alegato contra los predicadores culteranos²⁵.

¹⁶ *Op. cit.*, 197.

¹⁷ *Arte de sermones* (Cádiz: Bartolomé Nuñez de Castro, 1667), 81.

¹⁸ *Marial de sermones*. /1624/. Prólogo.

¹⁹ *Op. cit.*, 36.

²⁰ Aprobación de *Quaresma de sermones doctrinales*. T. I. Su autor D. José Barcia y Zambrana (Granada: Francisco Guillén, 1685).

²¹ *Despertador christiano divino y eucharistico* (Madrid: Juan García Infanzón, 1695), 32.

²² *Ibidem.*, 47.

²³ *Ibidem.*, 48.

²⁴ *Ibidem.*, 50.

²⁵ *Ibidem.*, 51.

2.2. *Los predicadores conceptistas*

Si bien concitaron censuras, no hay testimonios de que provocasen la ira divina. La predicación conceptista se acercaba más a la predicación tradicional, contaba con una tradición. Los juegos de palabras, las antítesis, las paradojas se encuentran en los exegetas medievales, verdaderos catadores de la palabra, y aún apurando un poco, en la misma esencia del dogma cristiano: Dios, uno y trino; Jesús, Dios y hombre; María, Virgen y madre...

Con la apoyatura en mis fuentes puedo distinguir tres tipos de predicadores conceptistas, según que tengan del concepto una noción lógica, o lógico-estética o escrituraria. Diré algo de cada uno de estos grupos.

2.2.1. Los predicadores conceptistas más o menos puros o «picados de agudos», en denominación del P. Ormaza, llevan su sermón «a punta de concepto, como de lanza»²⁶. «No se contentan, dice el P. Rodríguez Coronel, con que las cláusulas sean conceptuosas, cada voz dice y cada letra significa y lo vario de las alusiones da a entender más de lo que dice»²⁷. El conceptismo puro es inviable en la predicación por razones múltiples:

– *Por su oscuridad*: «Es felicidad de pocos –escribe el P. Ormaza– explicar mucho en pocas palabras... Y los que no tienen tanta felicidad, aunque de grandes ingenios, hablan escrúpulos y son bocas de noche, quando menos tenebrosas. Vemos con este achaque a ingenios príncipes, pero desdichado es ser príncipe de las tinieblas»²⁸.

– Es inviable, *porque exige atención y reflexión*, «llevar colgada la mente de la boca del predicador»; lo que no puede hacer una gente, por lo común, ignorante y distraída.

– Y, finalmente, es inviable este tipo de sermón conceptista puro, porque el estilo agudo, preñado, falto de las expansiones de la oratoria, *convierte la oración en círculos cerrados*, o, como diría Fr. Agustín Núñez Delgadillo, «en cláusulas de estamento: Item mando, item mando»²⁹.

2.2.2. *El segundo grupo de predicadores conceptistas*, los que unen la noción lógica y estética del concepto, a tenor del aluvión de críticas que suscitó, fue muy notable. Cultivaron esta clase de sermón los buenos predicadores, que lo mismo sentían el placer de una sentencia que la sensualidad de una cláusula, aun cuando se preciasen más de ingeniosos que estilistas. Como Fr. Manuel Guerra y Ribera, trinitario como Fr. Hortensio, y unido, significativamente, a Calderón, como aquél lo estuvo a Góngora.

Permítaseme traer dos breves fragmentos de sus sermones: «¿Qué es la vida? Un curso inquieto..., unos minutos robados..., un soplo incierto... Una respiración, que, si corre, es aire; si calma, es muerte»³⁰. Y el segundo, del Miércoles de Ceniza, predicado a Carlos II: «¿Qué son los Pontífices? Tierra adorada. ¿Qué son los Reyes? Tierra temida. ¿Qué son los poderosos? Tierra lustrosa. ¿Qué son los sabios? Tierra de mejor perspectiva. ¿Y que fueron antes de ser tierra? Nada»³¹.

²⁶ *Op. cit.*, 61.

²⁷ *Sermones exornatorios*. M. 1964. Prólogo.

²⁸ *Op. cit.*, 113.

²⁹ *Minas celestiales descubiertas en los evangelios de Quaresma*. M. Viuda de Luis Sánchez. 1629. Prólogo.

³⁰ En SORIA ORTEGA, *op. cit.*, 117-118.

³¹ *Ibidem*, 162.

Se podrían englobar en este grupo a los predicadores que siguen el estilo llamado por el P. Ormaza «breve con agudeza»³², y que él expone en sugerente teoría, de la que selecciono algunas frases definidoras:

- Raíz del estilo breve con agudeza: «Hablar bien supone entender mucho»³³. «Para decir bien, sentir bien es la más exacta regla»³⁴.
- Elementos: «No consiste la hermosura del estilo en afeite de frases, sino en facciones de conceptos adornados de retóricos colores»³⁵.
- Jerarquización de estos elementos: «Más estimo el genio en el pensar que la dicha en el hablar»³⁶.
- Integración de los dos elementos: «De modo –dice– que hablar bien supone entender mucho, y añade trasladar a la voz los conceptos»³⁷. Y más categóricamente: «Esto es, pues, lo que yo llamo buen estilo: una viva copia de los conceptos»³⁸.

Como se ha señalado, estos oradores entreverados de culteranos y conceptistas, fueron también blanco de las censuras. Algún testimonio. De Fr. Agustín de Jesús María: «Espada ha de ser –dice– la palabra de Dios, delgados y sutiles deben ser los filos, pero no ha de apurarse tanto la delgadez que de espada venga a hacerse aguja... más para lo afeminado de hazer vainica que para lo varonil de la enseñanza»³⁹. Pero el ataque más feroz lo recibieron estos predicadores y, en especial, su teorizador el P. Ormaza, de un correligionario de éste, el P. Valentín Céspedes, quien ironiza sobre los «sermonicos de media hora de los modernos», poblados de «punticos de mucho garbo, adornados de unos concepticos picados y picantes»⁴⁰. Pero, sobre todo, les acusa de despreciar la autoridad de la Sagrada Escritura o de utilizarla «disuelta como polvos purgativos en el caldido de su estilo conceptuoso y brillante»⁴¹.

2.2.3. *El tercer grupo de predicadores conceptistas* igualan concepto con lugar de la Sagrada Escritura. El uso de la cita o lugar de la Escritura fue obligado en el sermón desde los Padres de la Iglesia más antiguos, como explicación de la oración y como aval de la propia opinión. En momentos de crisis doctrinal, el recurso a los lugares se hizo más frecuente por temor a desviaciones punibles y como defensa de la palabra personal. Pero lo que siempre fue necesidad, se convirtió, no pocas veces, en exhibición vanidosa de erudición e ingenio, y, ya en el siglo XVII, en instrumento peculiar del estilo barroco: se elige laboriosamente el lugar que pueda admirar y sorprender por lo insólito y sutil. En esto iban estos predicadores de la mano de Gracián:

Con la erudición –dice– adorna el varón sabio lo que enseña, porque sirve al gusto, como el provecho. Pero no le siguieron en lo que añade: Mas no basta con esto, se requiere lo más ingenioso y necesario, que es la acertada aplicación de ella⁴².

³² *Op. cit.*, 112.

³³ *Ibidem*, 82.

³⁴ *Ibidem*, 86.

³⁵ *Ibidem*, 86.

³⁶ *Ibidem*, 82.

³⁷ *Ibidem*, 82.

³⁸ *Ibidem*, 85.

³⁹ *Arte de orar evangélicamente* (Cuenca: Salvador de Viader, 1648), 6.

⁴⁰ LUIS LÓPEZ SANTOS, *La Oratoria Sagrada en el Seiscientos. Un libro inédito del P. Valentín Céspedes* (RFE, XXX, 1946), 359.

⁴¹ *Ibidem*, 360.

⁴² *Op. cit.*, 218-221.

Y así, los lugares, traídos con cualquier pretexto, se multiplicaron en los sermones e hicieron su audición incomprensible y su lectura insoportable, sobre todo, cuando los celos del sortilegio de las divinas palabras no daban «un buen romance», como manda Fr. Luis de Granada, al texto latino.

El sermón de estos escriturarios giraba en torno a uno o varios lugares del evangelio del día, a los que se les iba oponiendo reparos, dudas y porqués, que debían ser solucionados con lugares de Escritura, Padres, Comentaristas y Teólogos. Ciertamente era el instrumento apto para desarrollar un tipo de sermón a medio camino entre la dialéctica de la cátedra y la explicación evangélica. El P. Céspedes lo defiende como el medio más apto para mostrar la verdad con el asedio de preguntas y respuestas ingeniosas y misteriosas, que, a su vez, engendran otras dudas y cuestiones. «Esto mismo –dice– se hace en lo profano. Al punto que los pastores y pastoras entablan conversación... no saben abrir la boca sin echar al corro una cuestión de si es mayor la ausencia o los celos, y luego entra el «porque sí» y el «porque no», y se apuran las razones y salen ingeniosísimos discursos»⁴³.

No era de esta opinión, lógicamente, el P. Ormaza, quien bautiza a estos predicadores escriturarios con los nombres de «ancianos» y «cínicos de la virtud»⁴⁴, y los descalifica por su prurito de querer probarlo todo; por su desprecio de la razón al querer fiarlo todo de la autoridad⁴⁵; por traer forzados los lugares de la Escritura como «si fuera gente ruin para probar lo que se antoje al predicador»; para convertir con tanta cita el sermón «en linda capa de pobre» y en yuxtaposición mal zurcida de «consideraciones remendadas»⁴⁶. Y lo triste es –se lamenta– de que éstos, con el «embuste químico» de los lugares, consiguen la admiración del pueblo, «que viendo desparramar Escritura y espolvorear Padres los tienen por eruditos y agudos»⁴⁷.

Termino. ¿Cómo llegaron al final del siglo tantas innovaciones? El afán de mostrar ingenio y novedad parecía no tener límites; pero sus fuentes, inteligencia e imaginación, se agostaron en la predicación como en los demás géneros. Y lo que quedó fue producto de desecho, salvo raras excepciones, que alumbraban ya una nueva época, la de la Ilustración.

⁴³ *Op. cit.*, 366.

⁴⁴ *Op. cit.*, 61.

⁴⁵ *Op. cit.*, 74, *passim*.

⁴⁶ *Op. cit.*, 68.

⁴⁷ *Op. cit.*, 76.